

*Monólogos de Pin y Pina*, de MIMÍ GARFIAS. Colección de Narradores Chilenos. Ministerio de Educación Pública. Santiago, 1964

Cuatro títulos se han reunido en este volumen, de fina impresión, diagramado con inspiración estética.

“Monólogos de Pin y Pina”, que sirve para titular el libro, es un acucioso análisis en profundidad. Estos monólogos son la imagen real de dos individualidades, potencian la simbiosis de espíritu y de la realidad vascular. Ambos valores, soñado el uno, verídico el otro, configuran y plantan en la tierra al ser humano.

Esa es la gracia literaria de la escritora. Haber mostrado a dos seres de carne y hueso que viven entre líricas apariencias, en las regiones del sueño, que posan sus plantas en tierra firme.

Las palabras alusivas y los hechos concretos, lanzados por dos vertientes distintas, se funden con armonía. Resultado de todo ello, unas vidas cazadas en su aparente complejidad, un repunte de imaginaciones fallidas, un deseo de refugiarse en la tristeza. Y entre los hilillos de la trama, la presencia de un castellano de gran pureza.

“La manzana de Arlette” tiene otra contextura. La voz narrativa sirve para ensamblar los planos. También existen los soliloquios, la meditación que ordena las escenas del recuerdo.

En los engarces, especialmente narrativos, Mimí Garfias se mueve con seguridad absoluta. Sencillas pinceladas le bastan para levantar a un personaje: “Arlette se está poniendo vieja. Su voz también está anciana. Suena con una entonación vacía. Sin sombras. Sin caminos. Sin casas. Cualquiera cosa tiene más vibración que su voz. El runrún del gato es más elástico, más suave, más musical”.

En esa historia predominan las frases breves. Ciertas aposiciones le dan agilidad al período. Sobria y a veces desnuda la adjetivación.

Más sencilla es la anécdota titulada “El gringo Zaza”. Entre líneas danzan las notas de una psicología infantil construida de situaciones límites y de antinomias, que ciertos adultos juzgan irreductibles.

“Después de la torta de limón” es un fragmento de historia existencial.

La unidad del relato se consigue en virtud de varias referencias rápidas. Mimí Garfias, siempre concisa, al margen de la urgencia de conseguir cuentos largos, reduce sus vuelos y los centra en lo esencial.

Veamos unos ejemplos, muy bien logrados, de inversión de la realidad: “El camino parecía la hondonada de un cuento de niños. Los cerros “apretaban” el paso. El vallecito “caía mísero y raquítico” de la mano del río. Las melgas y las majadas se recortaban como pintadas con carboncillo”.

Esos cerros que van de camino, esos valles que inician su despeñadero telúrico y los ríos que muestran su mano como apéndices de su fluvial curvatura, son elementos de un dinamismo poético.

La autora, “virtualmente inédita en su condición de cuentista”, ha roto sus primeras lanzas con donaire. Tiene gran sentido del equilibrio estético.

Y su decir, exacto, sin barroquismos, revalida los méritos expresivos de una lengua, a veces maltratada por escritores sin conciencia lingüística.

Se ha dicho que las personas buscan la tristeza. Pero suelen quedarse en los umbrales de la melancolía. Y entonces el escritor que narra esos hechos, si no ha comprendido el auténtico destino de sus personajes, se inclina a una delicuescente compasión.

Mimí Garfias, con sumo tacto, evita esos peligros. Sus héroes, medrosos, verídicos, porque saben medir la intensidad de su propio miedo, respiran, sienten el golpe de la sangre, son ellos, en sí y para los demás.

Nicomedes Guzmán ha dicho de esta narradora que, en sus creaciones, llegan a fundirse "el vigor del estilo de Marta Brunet y la sutileza introspectiva de María Luisa Bombal".

VICENTE MENGOD.

*Tiempo y Destiempo*, de FRANCISCA OSSANDÓN

El gran poeta y académico Vicente Aleixandre me ha escrito una nueva carta desde su retiro matritense. Me dice en un párrafo de su carta: "Ha estado a verme una compatriota suya, la poetisa Francisca Ossandón. Qué momento más grato he pasado con esta hermosa dama extraordinaria. Ha publicado en Madrid un libro maduro y profundo, de poesía muy personal". He sonreído al leer la carta del poeta más grande de España, del maestro de varias generaciones, del camarada de García Lorca, Alberti, Dámaso Alonso, Gerardo Diego, y de todos esos poetas que han sido encuadrados en la celebérrima generación del 20 al 36 y que por la obra hecha, puede competir por la influencia desplegada en las letras hispanoamericanas, con la generación del 98.

He sonreído y me he figurado el cuadro. El gran poeta Vicente Aleixandre, sentado en una silla playera, frente al jardín de su casa en la calle Velingtonia, de la barriada de Cuatro Caminos y desde donde se puede contemplar la Ciudad Universitaria y mirar la barriada de Arguellas. El poeta habrá estado sonriente, brillándole los ojos claros y bañando sus pupilas en la belleza y el talento de Francisca Ossandón, que habrá reído continuamente, ya que su risa es algo que sabe entregar con generosidad, risa que tiene el sortilegio de hacer olvidar al que la oye todas las preocupaciones. Vicente Aleixandre le habrá pedido a nuestra poetisa que le lea poemas de su nuevo libro. Ella lo habrá hecho con su voz cantarina y el poeta habrá sentido de improviso que América lo visitaba y que esta mujer tenía "angel" para la poesía y para seducir a todo el que la conoce. Siempre uno el nombre de Francisca Ossandón con Madrid y por eso me ha gustado que Vicente Aleixandre me hable de ella. Allí la conocí, cuando servía funciones de Agregado Cultural en 1958. Me la presentaba la distancia, mi gran amigo, el poeta Humberto Díaz Casanueva, quien me decía más o menos, que me presentaba una gran poetisa y una mujer que tenía algo de celestial en su personalidad. Pude comprobarlo. Francisca Ossandón es como un río que baña con presteza y éxito las llanuras